

# DARÍO EN EL ECUADOR DE MI MEMORIA

Por Aminta Buenaño Rugel

Escritora y Embajadora del Ecuador en Nicaragua

**M**i primer contacto con Rubén Darío fue inolvidable. No sé por qué, ni cuándo, ni cómo, mi padre había grabado en un muro de la Piladora de arroz en la que cada mañana hacía el ejercicio cotidiano de ganarse la vida, *Lo Fatal*. Y si con eso no fuera suficiente había dibujado un gran árbol cuyas ramas desquiciantes parecían implorar al cielo caridad. Recuerdo haber sentido que era instruida con imágenes por mi padre como lo hacían los monjes con los siervos feudales en las iglesias del Medioevo. Y todas las mañanas esa poesía era la oración diaria, el sustento espiritual con que al levantarse mi padre ordenaba su caótico mundo de arquitecto y poeta frustrado. Y antes de que el traqueteo de la vieja Piladora iniciara su ensordecedor diálogo de polvillo y ruido mi papá con su hermoso y pausado acento nos había leído: *Lo fatal*, y hasta ahora recuerdo los declives tristes de su voz y su mirada como ausente al terminar aquellos versos: ¡y no saber adónde vamos, ni de dónde venimos!...

Fue una iniciación brutal a la poesía para una niña de siete años y por eso siempre me quedó la idea de que la poesía debía ser triste y filosófica y llena de incertidumbres. En la escuela de aquel pueblo pequeño y olvidado en donde vivía había una profesora, la señorita Gloria que amaba a Rubén Darío, pero era el Rubén Darío de los cisnes y ruiseñores en flor, de jardines y góndolas y lirios en los lagos; de niñas que pedían escuchar cuentos; de los dioses del Olimpo y de princesas y mundos exóticos de Oriente. Pero el hechizo que nos seducía a las decenas de niñas que seguíamos hipnotizadas la voz de la maestra era el ritmo, la música que fluía con cada palabra de la poesía, un ritmo en el que cada verso nacía como una joya preciosa, como si un orfebre fuera engarzando una perla tras otra para producir el éxtasis, el asombro, la sinfonía de las emociones. Recuerdo que casi sin respirar nos enseñó de memoria las ocho estrofas de la Sonatina y admirábamos la cadencia de los versos, el fluir sonoro, el ritmo, las bellas palabras y el sentimiento de ansiedad y de tristeza de la “pobre princesa de la boca de rosa” con la que las escolares nos sentíamos identificadas. Recuerdo que la imagen de una flor desmayada hacía estragos en mi imaginación y que el final sonoro del príncipe rescatando a la princesa con un beso encendido de amor aliviaba en parte mi imaginación infantil encendida también con los versos, pues teníamos la costumbre de una vez ter-

minada una poesía seguir con una segunda parte totalmente inventada por nosotras. Nunca he vuelto a sentir aquella emoción genuina ante unos versos. No me importaba el autor, me importaba la poesía. No sabía si era nicaragüense o español, lo que me importaba era que producía en mí esos sentimientos plurales en los que una descubre que la poesía tiene la virtud de revelar el mundo, de actuar como un primigenio abracadabras al hacer vibrar nuestros sentidos y afilar nuestra imaginación empujándonos a soñar; toda una sinfonía orgiástica de los sentidos que solo se siente una vez en la vida.

Rubén Darío dijo alguna vez en el prefacio a *Cantos de Vida y Esperanza*: “Yo no soy un poeta para las muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas.” Recordé esa frase cuando años después en mi juventud, en un Circo, de esos circos trashumantes que van cantando sus pobreza y soledades de pueblo en pueblo, un payaso pretendiendo hacer reír al público recitó de manera estentórea la Sonatina haciendo pausa en cada verso, “La princesa está triste” y añadía con voz meliflua: “por delante”; “la princesa está pálida”, y continuaba socarronamente: “por detrás”. Recuerdo haberme indignado con aquel payaso chapucero de escasos recursos que osaba manipular las piedras preciosas de la poesía dariana para conseguir la risa superficial y tonta; pero después de experimentar una santa y justa cólera comprendí con dolor la grandeza y popularidad del exquisito poeta que hasta un pobre y mal ilustrado payaso lo podía utilizar como argamasa para su burdo trabajo. Y comprendí también que Rubén Darío no solo era el poeta nicaragüense y universal sino el poeta de los pobres, de los mendigos y de aquellos que suspiran por un poco de amor y de poesía en un mundo que cada vez se va volviendo más insensible y sordo, más “municipal y espeso” al lenguaje de los sentimientos humanos.

Rubén Darío ha tocado todas las claves y los acordes de mi vida, como seguramente ha hecho con muchos amantes de la literatura, tiene una voz que acompaña cualquier sentimiento y cualquier expresión de rabia, de dolor, de nostalgia. Esa “humana energía”, esa “sensual hiperestesia humana”, “esa hambre de espacio y sed de cielo” que todos alguna vez sentimos, esa potencia nacida de una desgarradora y sincera sinceridad (“por eso ser sincero es ser potente”, clara), esa firme convicción de salvarnos a través del arte;

hace que muchos comulgemos y nos sintamos correligionarios de su credo poético. Incluso los poetas posmodernistas más recalcitrantes reconocen su deuda con Darío, con su legado. Y concuerdo plenamente con la tesis de Jorge Luis Castillo en su artículo “Rubén Darío en el imaginario posmodernista” en el sentido de que “El posmodernismo hispanoamericano no es únicamente un rechazo del Modernismo, sino una ampliación o un relajamiento, una relativización de sus supuestos metafísicos, para poder acercar el arte al conflictivo mundo de la modernidad histórica, frente a cuyo sistema de valores el Modernismo se había posicionado de manera contestataria.”

Incluso muchas veces en ese ir y venir de los reflujos y mareas de la vida, en esas sinrazones de la política, la diplomacia y la literatura, en esas humanas miserias en que, en palabras de Darío, una se asoma “desde las sombras de su propio abismo”, en que el cinismo y la maldad carcomen el espíritu, aquel breve tratado filosófico de Rubén Darío, que dice: “Puede una gota de lodo/sobre un diamante caer; / puede también de este modo/ su fulgor oscurecer; pero aunque el diamante todo/se encuentre de fango lleno,/el valor que lo hace bueno/no perderá ni un instante,/y ha de ser siempre diamante/por más que lo manche el cieno.”; me ha salvado y me ha devuelto la fe.

Ecuador, el país de la mitad del mundo, de la línea imaginaria, de los cuatro mundos, el “ardoroso Ecuador” como lo llamara Darío; ama y honra al maestro ilustre y padre de la emancipación literaria de Hispanoamérica, porque también fue amado por aquel. Preciso es decirlo, no hay ningún escolar que no conozca alguna poesía del gran bardo nicaragüense, cuya obra consta en el pensum escolar. Rubén Darío conoció, admiró y tuvo como amigos a varios prohombres de las letras y de la política ecuatoriana. A los notables escritores Juan Montalvo y José Joaquín de Olmedo, a los presidentes Eloy Alfaro y Leonidas Plaza (curiosamente los dos últimos fueron nombrados generales por Nicaragua), figuras todas fundacionales sin las cuales el Ecuador no puede narrarse a sí mismo. El mismo Rubén Darío lo testimonia, en un artículo titulado Ecuador que escribió para la Revista Mundial, cuando afirma: “Quien estas líneas escribe ha conocido personalmente a dos de los hombres ecuatorianos que han tenido recientemente gran resonancia: el general Eloy Alfaro, que ha sucumbido tan trágicamente, y el general Leonidas Plaza.” Tuvo grandes amigos como el gran periodista y liberal ecuatoriano Federico Proaño que lo introdujo a Montalvo, el poeta Numa Pompilio Llona quien escribió una poesía en su honor, Nicolás Augusto González, el diplomático Pallares Arteta, entre otros. Y un inspirado amor, del que como un fantasma solo nos queda el recuerdo de su nombre: Rosita Sotomayor y una evocación, los versos de Darío con los que la inmortalizó.

Rosita Sotomayor, /que tienes nombre de flor/y que flor de amores eres/entre todas las mujeres/del ardoroso Ecuador.

\_ “En esos floridos lares, / (le pregunté a un trovador), / entre rosas y azahares, /dime, ¿cuál es la mejor?”/Y me contestó Pallares:/\_”Rosita Sotomayor”.

¿Cómo será tu fragancia, /que la siento a la distancia?/Por tu encanto encantador/ya me quisiera ir de Francia/por el próximo vapor. / Si “De las cosas que has visto,”/me autorizara el Señor, /”pide una a tu Creador,”/le respondería, listo:/\_ “Señor mío Jesucristo, / ¡Rosita Sotomayor!

Pero el ecuatoriano que más influyó en Rubén Darío cuando escribía en el periódico La verdad de su natal León y era aún un poeta imberbe que asombraba por su talento y soñaba con conquistar el mundo, fue el gran escritor y prosista de metáfora altisonante y castiza, Juan Montalvo Fiallos. Juan Montalvo era el verdugo de tiranos y dictadores con su pluma magistral en la que denunciaba la corrupción y las galimatías del poder. Montalvo elevó a la categoría de obra de arte el insulto y la diatriba y sus libros La Mercurial Eclesiástica, Los Siete Tratados, las Catilinarias, Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes, fueron devorados por los intelectuales de la época como Martí y Maceo y seguidos como modelo para muchos de ellos.

Darío no escapó a esa seducción y fue un discípulo y un lector atento y concienzudo de las obras de Juan Montalvo, tanto que al imitarlo en su primera juventud se granjeó la enemistad de políticos y clero e incluso, según narra sus biógrafos, como le ocurrió al mismo Montalvo, tuvo que salir de su tierra hacia otros lares en busca de protección. El uso del verbo aguerrido, la palabra punzante, la metáfora inquisidora y valiente y el anticlericalismo del ecuatoriano, le valió a Darío que se esfumaran sus sueños de una beca a Europa propuesta por el Congreso de Nicaragua admirado del talento del poeta niño, cuando frente a su posible Mecenas, el presidente Gral. Joaquín Zavala, recita su poema “El Libro”, en el que en unas líneas dice, refiriéndose al Papa: “¡Contempladle! ... Genio insano, /apaga todo destello/con una estola en el cuello/y el Syllabus en la mano”.

Cuentan sus biógrafos que el Presidente solo alcanzó a decir: “\_Hijo mío, si así escribes ahora contra la religión de tus padres y de tu patria, qué será si te vas a Europa a aprender cosas peores. Y de esa manera se esfumaron esas primeras ansias de viaje.

Este genial “maestro de las primeras letras de Darío” como lo llamara el escritor Alejandro Carrión a Montalvo, le inspiró un gran poema titulado *Epístola* y dedicado al ilustre ambateño (1884). Son quinientos versos en los que en una sinfonía de palabras inflamadas de admiración y erudición, plenas de musical ritmo, saluda la genialidad de Montalvo y su dominio del idioma: “El genio surge a tu pomposa frase/ mostrando sus recónditos misterios, /luz eterna le envuelve y purifica, /mientras crea su fuerza incontrastable/obras que gigantesca y sublimes/guía son y deleite del humano.” Darío es enfático en su admiración a Montalvo pues señala reiteradamente el talento deslumbrante del prosista ecuatoriano que suscita “admiración de la cansada Europa y orgullo de la América, tu madre.

Realmente despierta asombro que siendo apenas un adolescente Darío haya creado una poesía tan larga y perfecta, tan llena de erudición y sabiduría, plena de ese arte poético que concibe a la poesía no solo como ideas sino especialmente como música de los sentidos. Darío al examinar a Montalvo en su epístola se examina a sí mismo, en cuanto ambos participan de un mismo ideal ético y estético, de una absoluta pasión por la palabra y por la “honestidad de los principios”. Principios que llevó a Montalvo al destierro y a la muerte. Darío en su poema a Montalvo construye un colosal homenaje, una imponente catedral, una retumbante epopeya al carácter y valía del eximio escritor, un tributo a sus luchas y a su obra. “Oye, (le dice Darío a Montalvo) ya suena/ese vago, incesante clamoreo, /de una generación que se entusiasma/al ver la obra que brota de tu mente. / La emulación llenando el pecho núbil/de esperanza y deseo. Tu obra grande/es una voz que suena poderosa/dando aliento y vigor. Llor eterno/al hispano gigante celebrado/que creo la epopeya de la burla...” Montalvo quien cuando conoció la muerte por asesinato del dictador García Moreno dijo: “Mi pluma lo mató” ha quedado como símbolo de lucha y de un carácter irreductible y combativo contra toda tiranía y es ejemplo de juventudes, él sentenció: “Desgraciado el pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo”.

Otro gran poeta ecuatoriano cuya obra conoció Darío fue el poeta guayaquileño José Joaquín de Olmedo, autor del *Canto a Bolívar*, según lo refiere Jorge Carrera Andrade en su artículo *Rubén Darío y el Ecuador*, en el cual dice: “Con entusiasmo caudaloso, Rubén Darío señaló desde los primeros momentos de su vida literaria las excelencias del poema épico escrito por el “vate altísimo del Guayas” –como él llamaba a Olmedo- en loor de Bolívar. Y cita las palabras de Darío: “los mismos colores con que Homero pinta a sus seres sobrenaturales son los que emplea Olmedo para describir al Inca, de cuya boca se desata un raudal de palabras inspiradas

que conmueven y dominan a quienes las escuchan. Cuando calla el Inca, los cielos aplauden. ¡Oh grandeza...! El poeta encendido en el fuego de esta América joven y vigorosa deja el molde antiguo en que ha vaciado su obra para darle a ésta toques exquisitos... He ahí el primer cantor de Bolívar.” Asegura Darío, referido por Jorge Carrera.

Sostiene Carrera Andrade que, además de las elogiosas palabras que le dispensara a Olmedo, *El Canto a La Victoria* de Junín le sirvió a Rubén como molde para inspirarse en la poesía que Darío escribirá “*Al Libertador Bolívar*; como prueba Carrera hace énfasis en que Darío utiliza símbolos que pertenecen al Ecuador como es el Volcán Chimborazo, el río Amazonas o el cóndor andino. Creo que Darío como buen escritor bebió de grandes fuentes como lo era Olmedo, baste escuchar las primeras líneas de su famoso *Canto a Bolívar* para comprenderlo: “El trueno horrendo que en fragor/revienta/y sordo y retumbando se dilata/por la inflamada esfera, /al Dios anuncia que en el cielo impera./Y el rayo que en Junín rompe y/ahuyenta/la hispana muchedumbre/que, más feroz que nunca, amenazaba,/a sangre y fuego, eterna servidumbre,/y el canto de victoria/que en ecos mil discurre,/ensordeciendo el hondo valle y/enriscada cumbre,/proclaman a Bolívar en la tierra/árbitro de la paz y de la guerra.” La misma cadencia musical, la búsqueda del impacto sonoro de las palabras y la profunda vocación admirativa por los grandes héroes de la patria latinoamericana unen a Darío con Olmedo en algunos de sus poemas.

Decir Eloy ALFARO es decir Patria. Alfaro es uno de los prohombres más queridos del Ecuador, tanto que fue declarado hace algunos años como el mejor ecuatoriano de todos los tiempos. Alfaro fue grande por sus obras y porque fue el taumaturgo prodigioso que transformó al Ecuador decimonónico, feudal y tragahostias en el Ecuador de la modernidad que todos conocemos y le dio unidad y pertenencia a un país dividido por su geografía en varios mundos, además de reconocer fundamentales derechos civiles a los ciudadanos. Rubén Darío conoció a Eloy Alfaro en uno de sus tantos viajes a Nicaragua y lo entrevistó cuando tenía 18 años para un periódico de León en donde declaraba su relación con “Ese legendario luchador, a quien he conocido con intenso placer y cuya mano he sentido entre la mía, con una especie de veneración gozosa...”, según ha reseñado Jorge Eduardo Arellano. Y luego se volvieron a ver en una visita que le hizo Darío al Viejo Luchador en Lima, en febrero de 1889, cuando éste se encontraba exiliado en el Perú, según refiere Abel Romeo Castillo. No es rara esta amistad, pues a Alfaro y al joven Darío les unía la misma pasión por la doctrina liberal de la época y la lucha contra las tiranías, que le hace escribir al poeta: “Porque cantáis la eterna Marsellesa/que maldice el poder de los tiranos...” sobre los liberales.

A pesar de que el modernismo fue una auténtica revolución en todas las artes en Latinoamérica y Europa a fines del siglo XIX y principios del XX, a Ecuador llegó con atraso. El país andino se encontraba sumido en largas guerras y levantamientos internos producto de dictadores y caudillos que abusaban del poder y que hacían que surjan más prosistas a la manera de Montalvo que poetas aturdidos por una flor. Sin embargo, hubo algunos representantes de este movimiento modernista de la primera hornada, al decir de Falconí Villagómez; pero ninguno tan importante como cuatro poetas que vinieron después, a los cuales Roberto Andrade los llamó, fatalmente, La Generación Decapitada, porque los cuatro murieron muy jóvenes y por su propia mano. Estaba formada por dos guayaquileños Medardo Ángel Silva (1898-1919) y Ernesto Noboa y Caamaño (1891-1927) y dos quiteños, Arturo Borja (1892-1912) y Humberto Fierro (1890-1929); aunque eran amigos nunca formaron un grupo propiamente dicho pero los críticos por su posición ante la vida y similitudes literarias los han unido. Era una generación desencantada, nostálgica y triste, con una abulia y tedio por vivir, que despreciaba la realidad cotidiana y prosaica en que vivían, escapando a lugares inventados y exóticos. Eran poetas malditos, infantes terribles, bohemios inconformes, que despreciaban la vida “Tan gris, tan ruin”, según sus versos. Ellos se habían nutrido de las fuentes del simbolismo y parnasianismo francés (incluso algunos habían vivido en París), y sintieron poderosamente el influjo de la poesía de Rubén Darío, pero de una manera más íntima y subjetiva, más volcánicamente desgarradora. Todos ellos procedían de las clases altas y señoriales del Ecuador menos Medardo Ángel Silva, el cual es considerado el mejor poeta de todos por las altísimas resonancias que su discurso literario alcanzó, baste recordar su Aniversario: “iHoy cumpliré veinte años. Amargura sin nombre/de dejar de ser niño y empezar a ser hombre; / de razonar con lógica y proceder según/los Sanchos profesores del sentido común! / iMe son duros mis años y apenas si son veinte-/ahora se envejece tan prematuramente; /se vive tan de prisa, pronto se va tan lejos/que repentinamente nos encontramos viejos/ en frente de las sombras, de espaldas a la aurora/y solos con la esfinge siempre interrogadora!..”

Los modernistas ecuatorianos revelaban en su poesía los íntimos desgarros del dolor humano, su rechazo de vivir una vida anodina, pero envuelta ésta en un ropaje de metáforas fulgurantes y musicales: “iDe qué vale llevar una ansia viva/de fe y amor y ser sincero y fuerte, /si la vida es tan solo una furtiva/lágrima en las pupilas de la Muerte!” proclama Ernesto Noboa en la epístola que le dedica a Arturo Borja en su muerte; Vale destacar que, según el crítico ecuatoriano Isaac Barrera el modernismo no fue, sino el triunfo del romanticismo a la manera americana.

Resulta interesante advertir la curiosa paradoja de los tiempos, pues estos hijos de Darío, Verlaine, Mallarmé y Baudelaire, estos príncipes de las letras que tanto despreciaron su realidad social con todo lo prosaico y vulgar que ella conlleva, que acuñaron las palabras ruin y gris para marcarla, sean los poetas que más recuerde el pueblo ecuatoriano de a pie, que más ame; pues sus poesías convertidas en melodías que cantan Julio Jaramillo, los Hermanos Miño Naranjo o Carlota Jaramillo; son, en su expresión doliente, el corazón mismo del sentir de un pueblo que narra sus cuitas y desventuras, cuando en sus fiestas y agonías los escucha sin saber siquiera sus nombres, pero plenamente identificados con el tuétano de sus letras. Las poesías Alma en los labios, Para mí tus recuerdos, Emoción Vespéral y otras muchas más son parte del discurso narrativo con el que se expresa musicalmente el pueblo.

Cuenta Falconí Villagómez que cuando llegó la noticia de la muerte de Rubén Darío al Ecuador los poetas ecuatorianos resolvieron vestirse de luto tres días con sus tres noches seguidas y que él mismo publicó en un periódico local un Epitafio lírico que decía así: “Ha muerto el maestro... La fronda está muda. /De los papemores y de los bulbules/no se oyen los vuelos ni cantos azules. /Llorosa la musa desnuda/desgarra sus velos y tules. / Ha muerto el maestro... La princesa Eulalia/como antes no ríe/ la musa de Galia/su llanto deslíe.../ El hermano lobo se ha tornado fiero/y asola los campos floridos/se oye el agorero/somatén que tocan los bronces heridos; / ilos bárbaros llegan! Husmean la escoria/que al saquear dejaron de sus propias ruinas. / iMaestro! Salvaste las siete colinas.../ Divino Rubén, /Dios te halle en su gloria. / Amén”.

Rubén Darío no ha muerto ni en el Ecuador ni en el mundo, a cien años de su ausencia nos habla al oído, vive en la raíz de muchos poetas, aún de aquellos que lo abominan y ven en el culto a la forma y en su poder de evasión una muestra de poesía elitista y culta, ajena a la realidad. Su verbo convoca e invita, se reinventa con cada lectura, se transfigura, resucita; tiene el antídoto para devolvernos de nuestro aplanamiento espiritual, de nuestra estrechez de miras para descubrir una realidad que puede ser mágica y asombrosa, mitológica y filosófica, aun cuando nazca del dolor y de la angustia existencial. En los tiempos del posmodernismo cuando todo pareciera decir adiós a la poesía y todo a la vez es poesía, Rubén Darío se erige con su figura monumental para hacernos un guiño de ojos y recordarnos, parodiando a uno de sus epígonos, que la poesía como *el amor es un Dios que nunca muere*.

## Bibliografía:

- Editorial Decenio. "Rubén Darío y Ecuador". Segunda Edición.
- J. Núñez. El Ecuador en la Historia. Archivo General de la Nación. Volumen CLIII.
- L. Benitez. Ecuador: drama y paradoja. Presidencia de la República. Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas.
- A. Pareja Diezcanseco. Ecuador, la república de 1830 a nuestros días. Editorial Universitaria.
- Revista Decenio. Rubén Darío: poeta del tercer milenio.
- Darío por Darío. Antología poéticas. Colección cultural de Centro América. Serie literaria No.10.
- I Barrera. Historia de la Literatura Ecuatoriana. Libresa. Quito. Ecuador.
- J. Montalvo. Antología Breve. Colección Media Luna.
- G. René Pérez. Juan Montalvo. Un escritor entre la gloria y las borrascas.
- N. Urbina. Miradas críticas sobre Rubén Darío. Fundación Internacional Rubén Darío.
- N. Rivas Bravo. Rubén Darío. Tierras Solares. Asamblea Nacional de Nicaragua.
- Las Catilinarias. Juan Montalvo. Primer Tomo. Clásicos Ariel. Guayaquil. Ecuador.
- Juan Montalvo. Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Clásicos Ariel. Guayaquil. Ecuador.